

La edad y la muerte en la prehistoria

Escribe: ALBERTO LONDOÑO ALVAREZ

El hecho de que en las leyendas más remotas de todos los pueblos cultos aparecen personajes a los que se atribuye una edad de mil y más años, es interpretado por los investigadores de la historia antigua en el sentido de que en las leyendas de tales pueblos se reflejaba la reminiscencia de una "remota época áurea", en la cual el curso de la vida, comparable al cambio cultural de las estaciones del año, todavía no era acortado violentamente por enfermedades o guerras. Aun cuando no puede decidirse con seguridad si esta imaginación de la época "áurea" constituía un hecho realmente acaecido o solo una antiquísima ilusión acariciada por la humanidad, los hallazgos e informaciones históricos como, por ejemplo, los de las genealogías soberanas de los chinos, las edificaciones de las pirámides egipcias, los escritos médicos en caracteres cuneiformes de los babilonios y los relatos de la Biblia, permiten sacar la conclusión de que en los primeros tiempos históricos cierto número de personas alcanzaron en realidad una edad extraordinariamente avanzada en comparación con la actual.

La aparición de personajes de vida extraordinariamente larga en las leyendas (como ejemplos pueden citarse el dios Vyasa de los hindúes y la Sibila de Cumas entre los romanos), es explicada admitiendo que estos personajes representan épocas enteras de la evolución y que los pueblos, al crear tales figuras legendarias, buscan establecer el contacto con su remoto pasado envuelto en el misterio.

La longevidad (en el terreno de la leyenda es idéntica a la vida ilimitada) era considerada como el estado normal en la "época áurea", como lo demuestra el hecho de que la mayoría de los pueblos han creado una propia leyenda para explicar la aparición de la muerte en el mundo.

Los relatos del *Antiguo Testamento* han permitido investigaciones más exactas; en cuanto a los datos de la vejez en el primer *Libro de Moisés*, se pueden distinguir claramente tres períodos de la longevidad: el primero abarca desde Adán hasta Noé y se citan edades de casi 1.000 años. (Adán 930, Enós 905, Seth 912, Cainán 910, Malaleel 895, Jared 962, Matusalén 969 y Noé 950).

A este período se hace alusión cuando hoy día se oye a veces hablar de la “edad bíblica” de una persona. El segundo período comprende a Sem, hijo de Noé y a su inmediata descendencia y nos muestra una clara disminución de la edad media de la vida (Sem 500, Arfaxard 403, Sale 403 y Heber 430). Con Phaleg, el rebiznieto de Sem, aparece una nueva y considerable disminución de la edad media de la vida: así, por ejemplo, Phaleg vivió 209 años, Thare 205, Abraham 175, Jacob 147 y José 108 años.

En un orden semejante se citan también las edades en los restantes libros del *Antiguo Testamento* (Moisés 120, Aarón 122 y Josué 110, etc.). Las cifras extraordinariamente altas que alcanza la duración de la vida en el primero y segundo períodos, suscitan ya las más diversas discusiones entre los teólogos medievales. Para reducir estas cifras a una medida normal aproximada, algunos sabios, como Justín Ph. G. Hensler (1733-1805) admitieron finalmente que los antiguos hebreos habían cambiado algunas veces las bases de su cronología y que el año comprendía en un principio 3 años, después 8 y solo a partir de José abarcaba doce meses, opinión que también es compartida por el médico alemán Christoph Wilhelm Hufeland (1762-1836) en su obra *Macrobiótica*, aparecida en 1796.

La opinión expresada en ciertas ocasiones de que los hebreos no adaptaban su cronología con arreglo al sol sino a la luna, y que por ello su año solo contaba 30 días, fue rebatida en 1722 por Eugenius Philalethes (Robert Samber) con el argumento de que algunos de los patriarcas hubieran tenido que ser padres antes de los 10 años de edad.

Las noticias más remotas que tenemos acerca de las opiniones de los griegos sobre la edad y la muerte, se encuentran en las obras poéticas de Hesíodo y Homero, que probablemente proceden de los siglos VII y VI antes de Cristo. En el poema didáctico “Obras y días” de Hesíodo, se describe la “edad áurea” como un estado en el cual queda el hombre preservado del envejecimiento con todos sus achaques; el hombre es arrebatado de la tierra durante el sueño y en pleno florecimiento de su juventud. En la poesía de Homero, la muerte sin enfermedad previa es atribuída a Apolo y Artemisa; por medio de flechas que no causan dolor, el primero mata a los hombres, la segunda a las mujeres.

En las obras de Hesíodo se encuentra también bajo la forma de un corto proverbio (“En la juventud, hechos; en la madurez, consejos; en la vejez, plegarias”). Es el primer ensayo de una periodización del curso total de la vida humana, pensamiento que vuelve a repetirse constantemente en todos los tiempos en las consideraciones acerca del problema de la vejez. En una poesía atribuída a Solón (640-558 a. C.) se encuentra una periodización más exacta de la vida, que en su primera parte se funda exclusivamente en aspectos biológicos. En dicho poema se divide la vida del hombre en 10 períodos de 7 años: el primero se extiende hasta la pérdida de los dientes de leche; el segundo hasta la pubertad; el tercero hasta la aparición de la barba; el cuarto hasta terminar el crecimiento de los miembros; el quinto hasta alcanzar la completa madurez sexual, que permite contraer matrimonio; en el sexto se manifiesta la atención del espíritu hacia las cosas de la vida práctica; el séptimo y octavo, de los 43 a los 56 años, se consideran como el punto culminante de la existencia, en

el cual el cuerpo y el espíritu colaboran en completa armonía; en el noveno período, aun conservándose la validez corporal para las ocupaciones cotidianas, se deja sentir ya una marcada disminución de todas las fuerzas y, por último, el décimo período, dedicado a la serena contemplación, hace al hombre sensato y le permite esperar tranquilamente la muerte.

Más tarde, Solón, en una polémica contra el poeta Mimneros, que consideraba los 60 años como la edad más deseable para el hombre, elevó el límite de la edad en 10 años más, estimando que la duración ideal de la vida era de 70 años.

Ahora bien, la estima que mostraba Solón por la edad avanzada y que se basaba ante todo en la posibilidad de un desarrollo espiritual prolongado, estaba en pugna con las opiniones generalmente reinantes en aquella época. En su himno a Afrodita, Homero calificaba ya la vejez como "un estado aborrecido por los dioses" y en la *Iliada* solo asigna una vida extraordinariamente larga a los hombres que habían sido designados por Júpiter para realizar trabajos especiales (Néstor, Teiresias, etc.).

Los griegos de la época clásica consideraban la juventud como el estado ideal, ante todo por motivos físicos (participación en luchas deportivas y expediciones bélicas, placeres eróticos y culinarios), lo cual se deduce claramente no solo por la glorificación poética de la juventud en las obras de los poetas, sino que también procuraban incluso en el idioma corriente prolongar lo más posible las fronteras de la juventud, hecho sobre el cual ha llamado por primera vez la atención Jacob Burckhardt (*Historia de la cultura griega*); para la edad juvenil existían tres palabras, a saber: *país* (muchacho), *meirakion* (joven) y *meaniskos* (jovencito). Tres palabras para la edad viril: *aner* o *akmazon* (hombre) y *presbytes* (hombre entrado en años), pero solo existía una sola palabra para designar al anciano: *geron*.

Numerosos datos que se remontan hasta la época de los romanos y que dan cuenta del suicidio de personas de edad, muestran de un modo característico el escaso interés que se tenía en alcanzar una edad muy avanzada. En esto eran célebres los habitantes de la isla ática Keos, que después de haber cumplido 60 años acostumbraban suicidarse, a pesar de que el sano clima de la isla y el severo régimen de vida de sus moradores favorecían que estos llegaran a edades avanzadas.

El suicidio de los viejos se realizaba en Keos y otros muchos lugares bajo la forma de una especie de fiesta, en la cual los ancianos, graciosamente cubiertos de guirnaldas, apuraban alegremente el jugo de cicuta o adormidera. Es importante hacer notar que esta decisión de quitarse la vida era voluntaria y solo tenía por objeto escapar así a los achaques que van asociados al ulterior envejecimiento, al contrario de la costumbre observada entre ciertos pueblos bárbaros de los tiempos clásicos e incluso entre ciertos pueblos primitivos, de matar a los viejos para sí librarse de gravosos deberes materiales.

Intimamente relacionado con la glorificación de la juventud, está el afán de rejuvenecerse mediante medios mágicos o naturales, que se manifiesta siempre en las leyendas y poemas de los antiguos griegos. Como

ejemplo de ello citaremos primeramente la leyenda lésbica de Afrodita, que regaló a Faón una pomada cuyo uso aseguraba la juventud y la belleza, y el pasaje de la Odisea (16, 172-174), en el cual se dice de Odiseo que mediante el simple contacto con su báculo Palas Atenea le devolvió su anterior aspecto juvenil.

El más célebre ejemplo de rejuvenecimiento registrado en la antigüedad, es el método descrito minuciosamente por Ovidio en las *Metamorfosis* (7, 159-260), con el cual Medea rejuveneció al padre de Jasón. Pero ya los escritores romanos manifestaron su sospecha de que los repetidos escaldamientos a que la curandera Medea sometía sus ancianos pacientes, no eran en realidad otra cosa que una serie de baños de vapor y que los jugos misteriosos que Medea vertía en la caldera servían más bien para oscurecer los cabellos y para alisar la piel que no para desarrollar fuerzas mágicas.

Entre los remedios que producían un rejuvenecimiento natural, eran estimados por los griegos ante todo el consumo de carne de animales que pasaban por gozar de una vida extraordinariamente larga como, por ejemplo, cuervos, cornejas, etc. También las serpientes que mudan la piel pasaban por ser el símbolo del rejuvenecimiento y de la longevidad. En la escena griega el problema de la vejez y del rejuvenecimiento aparece frecuentemente como motivo dramático, habiendo sido tratado numerosas veces por Aristófanes (siglo V a. C.), el cual, parece ser que consagró a este tema una de sus comedias titulada *La vejez*.

A compás de la creciente espiritualización de la vida cultural griega se introdujo poco a poco un cambio general en el criterio de estimación de la vejez, el cual se advierte ya claramente en los diálogos de Platón (429-347 a. C.). En el diálogo acerca del "Estado", aparece como interlocutor de Sócrates un anciano llamado Kephalos, que se declara decidido panegirista de la vejez. De los discursos de Kephalos y de otros pasajes de antiguos dramas griegos, el monje griego Stobaeus (IV siglo después de Jesucristo), compuso más tarde una colección de proverbios elogiando la vejez. También en las narraciones de Herodoto (V siglo a. C.) se destaca el interés por la longevidad, tanto de personas como de pueblos enteros, por ejemplo, los macrobios en Etiopía. De los datos numéricos de Herodoto no puede, sin embargo, formarse una idea clara, pues la palabra usada por él a este propósito, "genea" recibió interpretaciones muy diversas por posteriores autores.

Más concretamente parece haberse formulado el deseo de la longevidad (según Cicerón) en un escrito de Teofrasto (373-287) que se ha perdido: se dice que Teofrasto se quejaba en él de la naturaleza porque esta dotaba a ciertos animales de longevidad y en cambio al género humano, que necesita mucho más este beneficio y que lo sabría aprovechar también mejor, se la ha negado en general.

Las ideas de los griegos acerca de la vida y de la muerte fueron también adoptadas por los romanos y se reflejan, revestidas del ropaje clásico de estos, en la célebre obra *De senectute*, de Marco Tulio Cicerón, que escribió este trabajo en el año 44 cuando contaba 63 años de edad, presenta

en él como orador principal a Marco Porcio Catón (234-149 a. de C.) como modelo de todas las virtudes romanas, el cual, siendo un anciano de 84 años, rebate las cuatro objeciones principales hechas por dos jóvenes contra la consecución de una edad avanzada. Contra el argumento de que la edad impide toda actividad útil, objeta Catón que también a los ancianos les es del todo posible servir al individuo y a la sociedad en las más diversas formas gracias a sus abundantes experiencias.

A la objeción de que las fuerzas decaen en la vejez, replica Catón que en Roma las costumbres y la ley protegen al anciano contra el exceso de fatiga (un senador, por ejemplo, no necesitaba asistir regularmente a las sesiones del Senado después de haber cumplido 60 años de edad). La observación de que la vejez impide al hombre el goce de los principales placeres, contesta Catón que esto solo se refiere a los placeres sensuales, cuya privación es largamente compensada con nuevos goces (educamiento espiritual, afición a la vida campestre, etc.). Solo el abandono de toda ocupación adecuada para el cuerpo y el espíritu y confortadora del ánimo, significa la renuncia a la vida misma.

La última objeción que alude al sentimiento de siniestra proximidad de la muerte, es replicada por Catón planteando la cuestión de la inmortalidad del alma humana según las doctrinas de Sócrates y de Platón.

La obra de Cicerón acerca de la vejez refleja, pues, de un modo completo, las ideas que se tenían en la vida cultural del mundo antiguo acerca de la vejez y de la muerte después de una larga evolución. Dicha obra nos revela también la asociación de estas ideas con las nociones de la vida de ultratumba y con ello marca también las fronteras teológicas y filosóficas del problema. Solo muchos siglos más tarde pudo reanudarse el trabajo en estas importantes cuestiones gracias al pensar científico-naturalista del Occidente, afinado por la observación y el experimento.